

***Sabiduría, Metafísica y Rectitud Moral en Tomás de Aquino. Exigencias para la obtención del juicio sapiencial metafísico, Sebastián Buzeta, Ediciones Santo Tomás, 2014, Santiago, Chile.***

Aún recuerdo las clases que dictaba Osvaldo Lira en el Campus Oriente de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En esas clases, el padre Lira comentaba que la sabiduría era no solo un *saber*, sino también un *sabor*. Creo que en este cuidado libro, Sebastián Buzeta se preocupa, en parte, de dar cuenta de lo mismo que escuché en aquellos días de novel estudiante.

En efecto, el Dr. Buzeta realiza aquí un detallado análisis de la virtud de la sabiduría en Tomás de Aquino. Pero no solo eso. También pone de relieve aspectos poco estudiados o poco desarrollados de los alcances que tiene dicho estudio de la virtud intelectual más perfecta. Al identificar a la sabiduría, en tanto virtud intelectual, como sabiduría metafísica, ella corresponde a esa captación intelectual de lo que permite después ordenar los conocimientos. Recordemos que el Aquinate decía que es propio del sabio el ordenar. La sabiduría corresponde así a una captación intelectual de lo más alto, de la causa primera, y por ello es la virtud más perfecta.

Mas lo que el Dr. Buzeta pone de relieve y que me interesa recalcar aquí, es que la virtud de sabiduría, en tanto que virtud intelectual, implica un cierto grado de connaturalidad. Si bien las virtudes intelectuales son virtudes *secundum quid*, en tanto que no perfeccionan al hombre absolutamente, sin embargo, confieren facultad para una buena operación: el conocimiento de la verdad. No obstante, afirma el profesor, existe ese cierto grado de connaturalidad de la virtud intelectual, en la medida en que connaturaliza al sujeto con el objeto de la potencia por el hábito de dicha virtud. Cuando hablamos de sujeto hablamos del hombre, aunque no sea perfeccionado en su totalidad. No obstante, sí es perfeccionado por esa connaturalidad con las cosas que hay que juzgar. Y si sobre lo que hay que juzgar es lo divino o la causa primera, entonces se puede decir que se provoca una connaturalidad precisamente con lo más perfecto y verdadero.

De aquí se desprende, dice el Dr. Buzeta, que el sabio se sabe en lo cierto por la presencia del objeto eminente que juzga. Así, lo que constituiría a una proposición como juicio sapiencial es no solo la materia de la que se trata, sino también que dicho juicio debe estar situado *vitalmente* en el sujeto, o sea, por la presencia del objeto en el cognoscente.

Ese estar situado *vitalmente* está determinado por el objeto, no por la virtud misma. Es el objeto el que me ilumina y que inunda mi ser personal. Por eso mismo, la causa primera debe ser un ser personal y libre, puesto que si comprendo que yo soy un ser personal (aunque humano), mi causa última debe ser un ser personal perfecto. Santo Tomás afirmaba, en este sentido, que nada está en acto si no es puesto en acto por un acto más perfecto. Luego, no puede ser mi causa algo que

no sea un ser personal. De esta forma, podemos señalar también que el afirmarme a mí como un ser personal ya es parte del conocimiento sapiencial metafísico.

Finalmente, creo que es importante señalar la íntima conexión que pone el Dr. Buzeta entre conocimiento sapiencial y voluntad. En este sentido, si bien el acto de contemplación es intelectual (consiste en contemplar la verdad), también contiene una dimensión afectiva, en tanto que la voluntad mueve a la facultad intelectual a contemplar dicha verdad. Es decir, mueve a toda la persona a unirse con lo contemplado. Por eso, sostiene el profesor, no hay contemplación sin amor. Sin embargo, el bien no es exclusivo de la voluntad. Aún más, el bien perfecto contemplado implica perfección moral, pues este acto envuelve también la perfección de todo el hombre. Si el entendimiento tiene dentro la máxima perfección, el bien en sí mismo, entonces ello hace que todo el hombre se perfeccione y se haga bueno.

Sobre este último punto expresado en el párrafo anterior creemos que se pueden hacer muy interesantes precisiones que arrojarían aún más luz sobre el papel de la afectividad en el conocimiento sapiencial, y estamos seguros que estas precisiones vendrán en las siguientes publicaciones del Dr. Buzeta. Por de pronto, podemos afirmar que lo expuesto en este libro constituye una importante aproximación a lo que podríamos denominar la “antesala” del ver al máximo ser personal cara a cara.

**Emilio Morales de la Barrera**  
*Universidad Santo Tomás, Chile.*